



UNDERWOOD

PRIMER PREMIO DE LA EXPOSICION DE SAN FRANCISCO

No compre Ud. máquina de escribir sin haber antes visto la

UNDERWOOD

Gran Fábrica y Almacén de Muebles de Jorge Morales Bejarano

Unico que hace ventas
en las condiciones más ventajosas para el cliente

MUEBLES A PLAZOS

OFICINA CENTRAL EN SAN JOSE

SASTRERIA S. SCAGLIETTI Y SOBRINOS

donde se viste lo más chic de nuestra sociedad
Entre el Correo y Felipe J. Alvarado

SASTRERIA INGLESA DE I. ALLEYNE BELGRAVE

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE ETIQUETA

CALLE CENTRAL SUR

GABINETE OPTICO del Dr. M. H. SALAS

EXAMENES DE LA VISTA
Lentes y aros

Entre Scaglietti y Sobrinos y Felipe J. Alvarado

Dr. OCTAVIO CORTÉS

Médico Cirujano
PUERTO LIMON, C. R.

ofrece al público sus servicios profesionales a toda hora del día y de la noche.

Tratamiento especial de enfermedades venereas en hombres y mujeres.

Especialidad en enfermedades tropicales
OFICINA:

Casa de ladrillo de don F. J. Alvarado, de 7 a 9 a. m.

HORAS DE CONSULTA:

En Limón: de 7 a 9 p. m.—En Siquirres: de 11 a. m. a 2 p. m.

Dr. OCTAVIO CORTÉS

Physician and Surgeon
PORT LIMON, C. R.

Offers his professional services at any hours of the day or night.

Special treatment of venereal diseases of men & women.

Specialist in tropical diseases

OFFICE:

Brick-house of Mr. Felipe J. Alvarado 7 to 9 a. m.

OFFICE HOURS:

In Limon: 7 to 9 p. m. — In Siquirres: from 11 a. m. to 2 p. m.

RELOJERIA SUIZA DE ALCIDES CHAPATTE

Magnífico surtido en Relojes, Alhajas, Joyas y en todas clases de artículos del ramo.

Precios baratos

LA NORMA DE MIGUEL TURULL

es la casa que a pesar de la guerra recibe constantemente nuevos surtidos de géneros.

ERNESTO SANTOS

AGENTE DE NEGOCIOS

Frente al Banco de Costa Rica

Teléfono 639

SAN JOSE, COSTA RICA

RAYOS ULTRA VIOLETA SOL ARTIFICIAL DE ALTITUD

NUEVO METODO CURATIVO

El terreno de indicación del Sol artificial de altitud es muy extenso, tanto en lo que concierne a su terapéutica independiente, como también en lo relativo a la asistencia de los demás procedimientos terapéuticos.

En la Cirugía: Tuberculosis quirúrgica, fístulas de todas clases, úlceras mal curables, furúnculos, quemaduras, etc.

En la Medicina interna: Neuralgia ciática, gota, diabetes, neurastenia, insomnio, raquitis, bronquitis, vicios de la nutrición, anemia, enfermedades del corazón, obesidad, tuberculosis pulmonar, estreñimiento crónico, etc., etc.

Ginecología: Vicios de la menstruación, etc.

Enfermedades de la piel: Lupus, chancroides, lipomas, nevus, alopecia, acné, eccema, úlceras tenaces, intertrigo, erytrasma, psoriasis, seborrea, etc. etc.

Este método es recomendado por eminencias médicas de todo el mundo, y habiendo hecho, aquí en Costa Rica, ensayos preliminares durante seis meses, con alagadores resultados, recomendamos este nuevo sistema de cura.

Gabinete Electro Terapéutico **JOSE BRUNETTI** Pegado a la Escuela de Derecho

RESERVADO
PARA NEGOCIOS PARTICULARES

JUAN RAFAEL CALVO
ELECTRICISTA

Instalaciones y reparaciones en todo lo que se refiere a corrientes eléctricas y timbres. GARANTIZA EL TRABAJO
Ordenes: a la "Librería e Imprenta Alsina" y al taller de holería de Pablo Brenes.

El Gremio

Almacén de Abarrotes

Ventas únicamente por mayor

Mercaderías frescas
por todos los vapores

Ant.º Urbano García

San José, Costa Rica

Maestros, Alumnos, Jóvenes amigos de leer, en

"LA LECTURA BARATA"

encontraréis los más nuevos libros de los más escogidos autores; útiles de escuela y útiles de escritorio a precios económicos, después de notables mejoras que en ella ha introducido su nuevo propietario don **Jaime Tormo**.

RESERVADO

PARA LA

CASA DE SALUD

DE LOS DOCTORES

URIBE Y ESPINOSA

Depósito de Materiales

DE

Jaime Carranza

Arquitecto Constructor

Toda clase de materiales de construcción a precios sin competencia

LA ESCUELA DE AGRICULTURA

de la finca LAS MERCEDES

abrió sus clases el lunes cinco de los corrientes. Los alumnos reciben allí clases de Moral, Biología, Historia, Principios de Ciencias, Castellano, Aritmética, Teneduría de libros, Inglés y Francés.

La matrícula vale quince colones por semestre y la pensión de internado veinticinco colones.

Polvos Talco Boratado Violeta

REFRESCAN, SUAVIZAN Y PRESERVAN EL CUTIS

Estos polvos, cuidadosa y científicamente elaborados con ingredientes de la mejor calidad y perfumados con delicadas esencias, sustituyen con ventaja a los extranjeros, cuya importación no es posible por la elevada tarifa aduanera.

Preparados por **HERMANN & ZELEDON**
BOTICA FRANCESA

DISPONIBLE

ROBERT HERMANOS

ROPA HECHA y NOVEDADES

SURTIDO COMPLETO

EN ROPA PARA CABALLEROS Y NIÑOS

En casimir hay el más grande y mejor escogido surtido

PRECIOS DE ACTUALIDAD

VENTA SOLO AL CONTADO

JOSE FIGUEREDO

Agente de Casas Extranjeras

Alajuela, Costa Rica

En la Ebanistería
de Urgellés

Frente al Ministerio de Fomento

Podrá Ud. proveerse de un rico mobiliario, a precios sin competencia. Surtido especial en marcos para cuadros.

OFELINA

LO MEJOR PARA LA CASPA

De venta en la Botica del Parque Central y Barbería de Pascual Montenegro.

White Cloud Jabón
"Nubes Blancas"



El abón Blanco Flotante 100% puro Para los Baños y Toilette. No dañan la piel. Sin igual para las Sedas y Telas finas

Jabón "American Family"

Para lavar ropa; sin rival, el pan grande. Igual en agua fría o caliente. Más barato que los jabones comunes.

De venta en todas las Pulperías, Tiendas y Boticas y por mayor en los Almacenes

UNICO AGENTE DE IMPORTACION PARA CENTRO AMERICA Y PANAMA

W. E. BROAD, Frente a la zapatería de Araujo, SAN JOSE, C. R.



JAP ROSE SOAP
(TRASPARENTE)

El jabón de glicerina JAP ROSE hace desaparecer los barroes dando a la piel suavidad. Quita la caspa y por su acción antiséptica está indicado para el baño y la toilette.

Jabon Flake
"Nieve Blanca"



El Jabón de Pureza evita infecciones. Hecho de aceites vegetales.

Sin rival para blanquear la ropa.

Unico que no encoje las Franelas.

No cuesta más que los jabones comunes

DR. MARCOS ZÚÑIGA

Trabaja en todos los ramos de la Medicina; pero dedica especial atención a la Cirugía Obstétrica.

CONSULTAS:

En la Botica Americana, frente al Carmen y en la Policlínica

PANADERIA y PASTELERIA
"LA LIBERTAD"

100 varas al Sur de la Casa de Salud de los doctores Uribe y Espinosa.

Pruébese el pan y los tosteles de este establecimiento, todo lo mejor por la variación y calidad.

CONDICIONES:
Número suelto . . . cts. 25
Suscripción mensual cts. 50
Año adelantado . . . e 5.00
Iguales precios para Centro América.

FIGARO

Revista Quincenal de Artes y Letras

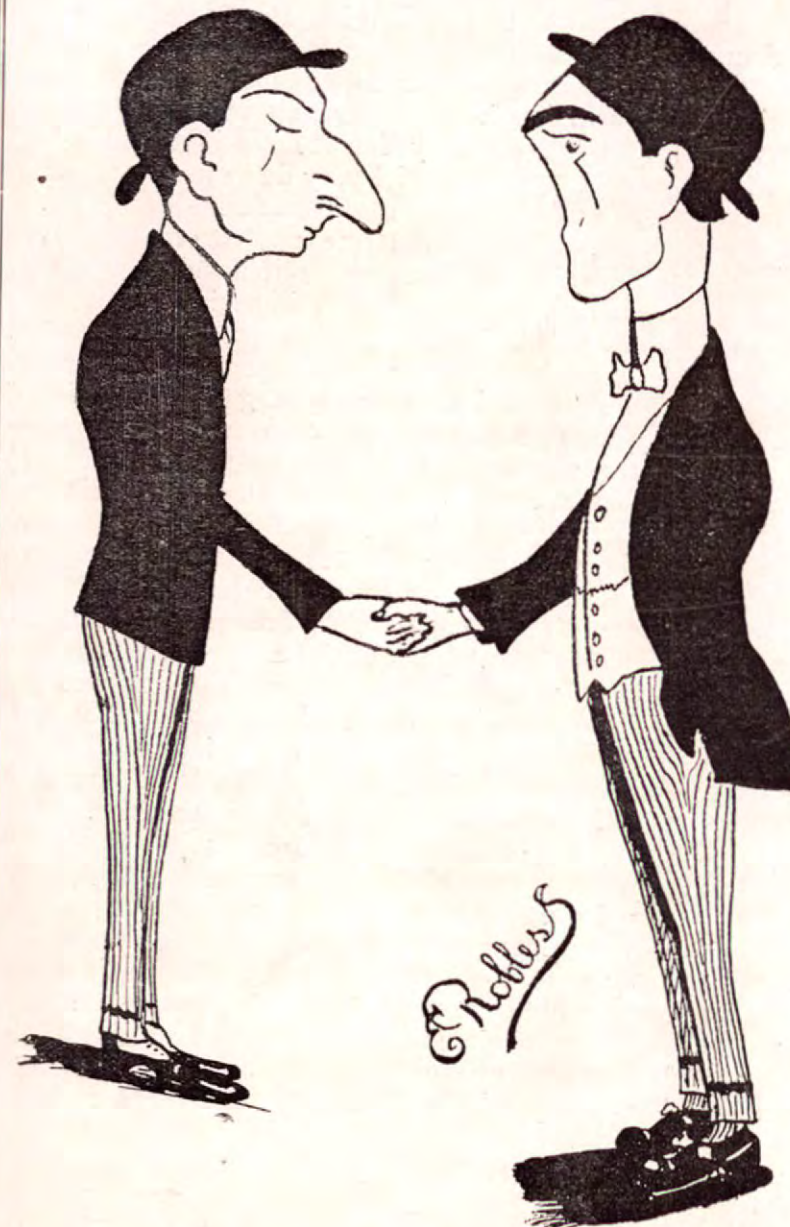
Directora y Administradora, **Angela Acuña**

Selecta colaboración de plumas nacionales y centroamericanas
Apartado de Correos No. 751
Oficina: Calle 1ª Sur frente a la Escuela de Derecho.

Año 1.º

San José, Costa Rica, 10 de Agosto de 1915

Número 8



DOS PERSONAS DISTINTAS Y UN SOLO FISICO VERDADERO

He aquí dos lechuguinos de bombín italiano y londinense chaquet los domingos, que, a pesar de las apariencias, en nada difieren. Cómo? No puede ser. Si son el anverso y el reverso! Pues allí está el error. Es cuestión de no saber apreciar, cuestión de óptica. Que Mendiola usa un aparato respiratorio iperbólico que bien podría ensillarse y Angulo, por el contrario, no ostenta sino un hueco? Que Mendiola para ver no dispone más que de un par de ojos de aguja y Angulo, en cambio, tiene así de abierto los párpados, como las puertas de esas cantinas de las grandes ciudades que jamás se cierran? No importa: son perfectamente indistintos; pero resulta que los vemos por diverso lado. Mendiola es un Angulo vuelto del revés. Y Angulo es un Mendiola visto por dentro. Hágase la prueba: désele vuelta al simpático Angulo lo mismo que a una media, y como todo lo tiene hacia adentro, la nariz, las mejillas, quedará un elegante a quien luzca el bombín y el chaquet, con la nariz muy larga y las redondas mejillas colgantes. Cosa bien diferente de la que acontecería a Bebé, quien una vez invertido podría servir de anuncio alarmante en una etiqueta—donde figuran estos mozos la etiqueta no debe faltar—de un frasco que contenga sustancias venenosas.

Ya se ve, «en este mundo traidor nada es verdad ni mentira», y dos hombres que juzgáramos polos opuestos son, si se páramientes en ellos, puntos de una misma línea recta.

En tratándose de elegantes el mejor voto será siempre el de las bellas vaporosas que se derriten al calorillo de los primeros ojos que las miran largamente. Y la mejor prueba de que estos dos pollos no difieren es que tan seductor parece el uno como el otro, porque las mujeres lo que no ven, lo adivinan.

¶ Pero, eso sí, si quieren continuar su carrera triunfante de seductores que no se despojen del bombín, que muestren gardenia en el ojal, que le alarguen dos dedos al chaquet londinense y no cesen de hacer molinetes con la cañuela de la India.

Ah, y que no hablen mucho!

GIMNASIO Y ACADEMIA

El entusiasmo por el deporte ha venido desarrollándose en Costa Rica, de unos años a esta parte, con tan buenos resultados, que hoy contamos con numerosos clubs, perfectamente bien organizados, recintos de donde están excluidos los pasatiempos vulgares y frívolos, a fin de dar campo a los deportes que vigorizan el cuerpo, y a los estudios y ejercicios que alumbren y ennoblecen el espíritu.

Porque, bien sabido es que, a un mismo tiempo gimnasio y academia, como en los antiguos institutos griegos, dará por resultado el triunfo del vigor del cerebro y de los músculos, que es el ideal de la educación moderna, encaminada a desenvolver en los individuos la inteligencia y la fuerza, los dos atributos más altos que llevamos latentes en la admirable dualidad de nuestro ser.

Es digna de todo aplauso la labor de nuestros clubs; merece de la sociedad estímulos y parabienes, porque no hay empleo más digno para los ocios de la vida, que el de hacerlos concurrir al perfeccionamiento gradual de nuestra educación, la cual tiene por objeto capacitarnos para figurar con éxito en el medio ambiente en que debe desarrollarse nuestra existencia.

El desenvolvimiento simultáneo del cuerpo y del espíritu es lo que constituye esa educación, la que jamás puede ser completa si se desatiende a la nutrición debida a cualquiera de esos dos componentes que integran nuestro ser. Los ejercicios atléticos deben turnar con los estudios científicos, para que la personalidad humana adquiera los elementos que le son necesarios, a fin de llenar cumplidamente su misión individual y social en la tierra.

Hubo un tiempo en que por errores de un exagerado misticismo, se consideraban los cuidados del cuerpo como contrarios al destino para el cual habían nacido los hombres; y el mundo fué durante esos años nefastos, un vasto campo de tristeza, de enfermedad y de muerte. Los designios de Dios fueron turbados, y la humanidad pagó aquel extravío hundida por muchos siglos en la miseria y el dolor. Esos tiempos pasaron para siempre, y hace ya varias centurias que los educadores se preocupan tanto de la limpieza y vigor del cuerpo, como de

la nutrición intelectual del espíritu; y de este modo el ser humano completo, enciende por un lado dentro de sí la luz que lo lleva a penetrar en los arcanos de la naturaleza, y por otro desarrolla la fuerza física, que le da aptitudes para vivir con alegría y para vencer en el ardiente pugilato del trabajo.

Así lo han comprendido grandes potencias como Alemania, Bélgica, Francia e Inglaterra, y vemos hoy, en estos momentos de dolor inmenso para el mundo, que los jóvenes de aquellos países hacen revivir en cada uno de ellos, el tipo hermoso y fuerte de la juventud griega en el siglo de Pericles, y de la juventud romana en los tiempos gloriosos de la República.

La misión social que nos corresponde cumplir a cuantos hemos recibido el don inapreciable de la vida, es tan imperiosa como grande. Unidades de la vasta corporación humana, de nosotros depende que seamos en ella miembros atrofiados, estorbo y carga para la sociedad que nos recibe en su seno, o miembros vigorosos y sanos, que concurren eficazmente a su bienestar, su prosperidad y su engrandecimiento. En esto último debe consistir nuestro orgullo, y en alcanzarlo hemos de emplear todos los estímulos de nuestro corazón y todas las energías de nuestro carácter, sin tomar en cuenta la categoría social en que vivamos, sino el deber que a todos incumbe de luchar contra la decadencia moral de los pueblos, el aniquilamiento del cuerpo y del espíritu, que están en relación directa con el estado de inanición y de pereza en que viven sus individuos.

Los jóvenes que así lo entienden, fundan y sostienen sus clubs, no para entregarse a frívolos pasatiempos que arruinen su organismo y depriman su ser moral, sino para desarrollar en aquel los elementos que lo hagan fuerte y hermoso, y dotar a éste de la luz que lo alumbre y enaltezca. Es un propósito digno de hombres que comprenden la importancia del papel que están llamados a desempeñar en la vida.

Angela Acuña

COMUNION SUPREMA

A Gaspar Octavio Hernández,
espíritu selecto.

La noche se descuelga taciturna,
en un hacinamiento de negros,
sobre la vaga alborocencia diurna
que flota en los espejos tembladores
del misterioso azul.

Ligero el paso,
en su carroza repujada en oro
Apolo se fugó por el ocaso;
y entre la sombra de mullido raso
filtró una estrella su brillante lloro.

Lanzó al espacio su nervioso trino
desde la fronda el ruiseñor parlero;
y se pobló de enigmas el camino
y se vistió de blanco el jazminero.

La aldea patriarcal reposa en calma,
reprime el corazón sus pulsaciones,
y, como en un cultivo de ilusiones,
se eleva con el *ángelus* el alma
tras una blanca fuga de oraciones.

Amada de mis íntimos amores:
ven! que quiero abrasarme en los fulgores
de tus sibilos ojos soñadores!

Ni sombra ni fulgor! Porque no alcanza
la sombra a disipar la luz que arde
sobre el diáfano alcázar de la tarde
como el tenue girón de una esperanza;
porque en raudos y locos torbellinos
con la sombra la luz pasa ligera
salpicando en su efímera carrera
de visiones dantescas los caminos.

Amada de mis íntimos amores,
la de blandos perfiles tentadores:
La hora es antitética, y cautiva
con suspiros de astuta cortesana,
o se insinúa como el agua viva
que de la roca indiferente mana.

Y tú eres así... como la hora,
musa de mis románticos beleños;
pues pasan por tus ojos los ensueños
de tu núbil cabeza soñadora
como enjambre de pájaros risueños;
mientras que de tus labios florecidos
en irónicos giros, tus palabras
se escapan con diabólicos sentidos,
tal como de carbones encendidos
surgieran con mil suertes de alaridos
visiones ultra-horrendas y macabras.

La hora tiene en tí similitudes
y apariencias extrañas y engañosas;
ella cubre con manto de virtudes
el realismo enervante de las cosas.

Y así eres tú, tartarinesca musa:
con velos de diabólicas maldades
envuelves las divinas castidades
que guardas en tu cuerpo de Medusa.

Mas la noche, que taciturnamente
se descuelga en sombrío hacinamiento
sobre la vaga luz alborocente
que flota sobre el vasto firmamento,
te despoja del raro encantamiento
con que encubres tu espíritu creyente
y mientras que tu carne se amalgama
en espasmos de ardiente pecadora,
por las miserias de tus carnes ora
tu espíritu febril, que amor inflama
con destellos de estrella abrasadora,

y en tu pupila azul brilla la llama
de la fé, que es amor!

Y en esta hora
en que la aldea se sumerge en calma
y doma el corazón sus pulsaciones
la tuya se confunde con mi alma;
comulgan nuestros buenos corazones
la eucaristía de las ilusiones
y, juntos, mientras el *ángelus* palpita
en los aires con lentas vibraciones,
ascienden a la cúpula infinita
en una blanca fuga de oraciones!

Enrique Geenzier

Cartago, Julio de 1915.

¡EL ETERNO FEMENINO!

La mujer ejerce siempre una influencia grandísima en todos los hechos sociales.

Hoy vamos a examinar uno de los aspectos de esta influencia: la mujer en el crimen.

Pocos, ningún caso se registra en las sangrientas escenas que enlutan a la humanidad, donde no aparezca la mujer como instigadora o como víctima.

Se dice que es difícil penetrar en el alma de la mujer, porque es difícil conocer a la humanidad; cuando se presenta su examen, la inteligencia retrocede con miedo de hundirse en las obscuras tinieblas de un abismo.

La mujer no es más que una parte de la humanidad, que por causa de su organización física y educativa, siente con más intensidad los opuestos sentimientos: así la observamos con frecuencia llevar la caricia y la abnegación muy cerca de lo sublime, y de la misma manera llegar en la maldad hasta los límites de la locura.

Pero las malas pasiones se manifiestan más cuando la mujer forma parte del montón anónimo de un público cualquiera; cuando la *humanidad es multitud*; cuando el hombre es la bestia y la mujer su hembra.

Vedlas ser heroínas para defender la patria, y cabezas de motín para excitar al robo y a la perversión.

La escena repugnante del lavadero que magistralmente describe Zola en *L'Assommoir*, tiene diaria repetición entre nuestra gente del pueblo.

Es frecuente ver espectadoras contemplando sonrientes la pelea de dos celosas, batir palmas de contento. Un mordisco que hace brotar la sangre, un fuerte golpe que descuaje los dientes, son motivo de júbilo y algarazas.

Hace poco se cometió un crimen en circunstancias semejantes: dos mujeres se pelearon por fútiles pretextos; murmuraba la una de la otra, quizás por envidia, tal vez por antipatía; sea de ello lo que quiera, es lo cierto que ambas vienen a las manos en el amplio patio de una casa de vecindad: los curiosos contemplan la batalla; risas mal reprimidas corean los gritos de fiera que lanzan al aire las dos combatientes; nadie se acerca a separarlas; ningún corazón se conmueve, y el terrible espectáculo se prolonga algunos minutos.

Con fatídica oportunidad llega el marido de una de las luchadoras; la ola del odio inunda su corazón y lo ciega; no comprende lo fácil que le sería separarlas, y hunde la hoja de un cuchillo en el cuello de la rival

de su mujer, ensañándose ambos en la víctima con ferocidad de locos. La vencedora siente la embriaguez del triunfo, del amor propio satisfecho. Su orgullo de un momento es la desgracia de dos familias.

Y los curiosos que habían seguido impasibles las peripecias del crimen, se estremecen al ver un cadáver; la inconsciente complicidad turba de repente las conciencias; un sentimiento de instintiva repulsión agita los corazones, y los indiferentes de momentos antes vociferan, gesticulan y gritan como si quisieran demostrar su inocencia.

La mujer alejada de la influencia del espíritu colectivo, se convierte de nuevo en el ser débil, cariñoso y bueno.

¿Quién es capaz de penetrar en esta extraña psicología?

En muchas ocasiones la mujer lanza al hombre al asesinato. Un gesto solo, como el de la desgraciada María Torres, hace de su amante un asesino.

El ha visto en aquel gesto un mundo de promesas, de caricias, de deleites que le van a ser arrebatados; ha visto a su amada en brazos de un rival; la pasión salvaje ha rugido en el fondo de su pecho, y ha matado a la misma que desea conservar para él solo.

Otras veces la mujer es la víctima de un furioso acceso de infundados celos, de un rencor engendrado

por la pasión satisfecha, como lo pinta Tolstoi en la *Sonata a Kreutzer*, o del salvajismo y la locura producidos por el alcohol, como el caso reciente de María Romanillo. No es necesario ir lejos para encontrar ejemplos.

Sucede también que se acumulan los cargos para hacer responsable a una mujer de la fiebre sanguinaria de un pueblo.

Los egoísmos, las bajas pasiones, la ferocidad de los revolucionarios servios, pretende disculparse con la impopularidad de la reina Draga y ennegrecer su figura, como los revolucionarios franceses ensombrecieron la de María Antonieta.

La gracia, la belleza, el inspirar amor, se imputa como crímenes a esas infortunadas mujeres que han perecido envueltas en la ola de sangre que se apodera de todo un pueblo. Ola terrible que borra las conquistas del progreso y que revela toda la animalidad del ser humano.

Y en medio de todas las tragedias, unida siempre a ellas, la influencia de la mujer.

¡El eterno femenino!

Carmen Burgos de Seguí

(COLOMBINA)

LA QUEMA

POEMA IDILICO

El sol de marzo, con ardientes rayos, los altos montes y collados baña; bajo el bochorno tropical, el bosque parece dormitar en honda calma.

Nada turba el silencio de aquellas serranías escarpadas, solo el eco a intervalos multiplica el mugido de alguna res lejana, como enorme bostezo de fastidio que a los aires lanzara, en la pradera solitaria y yerma por el sol caldeada.

Allá en el bosque, surge, del follaje, monótono chirrido de cigarras, mientras las aves van hacia las frondas al batir perezoso de sus alas.

Los prados están mustios, por todas partes seca está la grama, los tallos amarillos, sus mil uñas, sobre la tierra polvorienta clavan.

Allí duerme la vida; a las primeras lluvias, rica savia surgirá reviviendo aquellos tallos en risueñas campiñas de esmeralda.

Más allá, el rastrojo, que produjo la mies rica y sobrada para nutrir la prole del rudo labrador que allí batalla en la perenne brega, que empieza con el alba, y que concluye cuando el sol declina envuelto en su arbol, tras las montañas.

Es Juan el propietario, de aquellas tierras que sus puños labran, atleta formidable del arado, del machete y la pala. Conserva su heredad ha muchos años y es feliz en su vida solitaria, con fe en el porvenir, ama los suyos, y por su bien trabaja.

El sabe de los besos de la aurora vestida de celajes y escarlata, y del fecundo riego de su frente, cuando el sol recalienta sus espaldas.

Más allá del rastrojo, que hacia la izquierda avanza, abrupta y majestuosa hasta el confín se extiende la montaña.

Cabe el sendero, que a la diestra se abre, cual penachos altivos, se levantan, mecidas por la brisa de la tarde, las hojas del cañal siempre lozanas.

Y allí cerca, muy cerca, como un nido, que entre la agreste soledad levanta los himnos del amor y del trabajo, está de Juan la rústica morada. Es un bohío fuerte que ha triunfado cual peña solitaria, del embate del viento y de las lluvias que azotó con furor sus viejas pajas. Se miran sobre el techo, verdes manchones que dejó la lama, como si fuese un viejo monumento que ostenta rica pátina.

Habita Juan allí, con su familia, y en la apacible soledad selvática, se escuchan de los chicos las querellas, y las alegres chácharas, mientras devoran la ración de fréjoles que a su apetito basta, con sabrosas arepas sobre la lumbre con amor asadas.



DON JENARO CARDONA

De nuestra galería de colaboradores

Es María la digna compañera del esforzado atleta de la pala, amante y hacendosa, como la hormiga sin cesar trabaja. Cuatro retoños a su esposo ha dado, y sonriente y feliz lleva la carga de los rudos quehaceres a que atiende solícita y ufana.

El menor de los hijos, una niña, de pocos meses, todavía lacta, muñeca coquetona de ojos verdes graciosa y vivaracha. ¡Oh venturoso hogar, donde no llega de la ciudad el pestilente miasma, ni ambiciones, ni envidias, ni bajezas, con su hálito infernal queman tus pajas!

-- Hoy vamos al rastrojo, ya es tiempo de la quema,

dijo Juan a sus hijos, los mayores, que le prestan su ayuda en la faena. Las lluvias ya no tardan, y es necesario preparar la siembra, antes que algún chubasco nos empape la tierra.

Concluidas las fatigas de la tarde, después de la merienda, baja Juan al rastrojo, con sus hijos, para empezar la quema.

Son dos zagales que en el campo luchan con el valor de sus escasas fuerzas; cuatro lustros no suman los dos juntos, y ya la tierra endurecida y seca ha bebido el rocío de sus frentes, como valiosa ofrenda derramada en el ara del trabajo que al hombre dignifica y regenera.

Al verlos, afanosos, aquel buen padre con orgullo piensa: «Cuando descanse yo, bajo la tumba, no habrá en la casa ni hambre ni miseria».

Y aquellos dos zagales, que encorvan sus espaldas en las eras, héroes infantiles, futuros vencedores de las selvas, viven felices bajo el sol brillante que madura las yemas, y tienen un regazo cariñoso en el pobre rincón de su vivienda.

Muy pronto aquel rastrojo, de tostadas malezas, que al fuego ofrecen excelente pábulo, arde en seguida con voraz presteza.

El fuego va dejando reguero de áscuas, de ceniza y yesca, en tanto que a los aires se levanta asfixiante humareda.

Ya el sol traspuso los cercanos montes de la lejana iglesia, el Angelus llevó sus notas tristes al agreste rincón de aquella selva; Juan y sus hijos, al fulgor siniestro de la flamante hoguera, descubren reverentes las hirsutas sudorosas cabezas, y musitan los tres una plegaria llena de unción sincera.

La noche se avecina; en sus negruras, el incendio clarea, ilumina el confín de la montaña que parece dormir en su grandeza.

Sigue el fuego extendiendo sus mil flamas, subiendo la ladera, consumiendo en seguida cuanto toca con infernal presteza; y Juan está tranquilo, (le abonan su rutina y su experiencia), que son anchas las rondas del rastrojo y está limpio el contorno de malezas.

Mas de pronto, la brisa que ha dormido, en el regazo agreste de la selva, despierta juguetona y se columpia

en las tupidas copas de las ceibas;
y baja luego al llano,
y arremolina la espantosa hoguera,
que sus flamas extiende prepotentes
y hasta el cielo con furia las eleva.

Aquello es un volcán, un torbellino;
del fuego las mil lenguas,
se retuercen, se agitan, se agigantan
en confusión siniestra;
y entre las altas espirales de humo,
que ennegrecen la esfera,
en raudas explosiones pavorosas
un averno chispea!

Juan y sus hijos miran espantados,
con el alma suspensa,
cómo sube el incendio, cómo avanza
hasta las propias lindes de la selva;
maldiciendo su error y su confianza,
y el trágico peligro que le acecha,
grita por fin, con voz desesperada:
—«¡arriba, pronto, que el cañal se quema!»

Y van los luchadores
a disputar con brío aquella presa,
valientes y esforzados,
al incendio voraz que ya se acerca.

Mas, ¿qué pueden aquellos tres pigmeos,
ante la enorme tempestad que arrecia,
que fatal e implacable se acerca,
ígneo ciclón de la infernal caverna?

¡Oh fuego, sacro fuego, que adorado,
fuiste siempre, desde la edad primera,
por las tribus heroicas del palenque,
como deidad suprema!

¡Oh fuego, sacro fuego,
que brillas en la cera
de místicos altares,
y en los blandones de las madres muertas:
que animas los hogares y confortas,
que eres paz, y alegría en las viviendas,
que eres vida, eres fuerza y movimiento,
y el eterno sostén de este planeta...!

Y ahora, ¡Oh Dios! con qué implacable saña,
con qué furia perversa,
van tus cuadrigas con tonante estruendo
desolando, al pasar, las sementeras,
que antes fueran la dicha y regocijo
del bravo luchador de aquellas selvas...

¡Nada detiene el ímpetu salvaje
del fuego asolador en su carrera
de monstruo apocalíptico, que ruga,
entre humeantes escombros y pavesas!

Arde el cañal!... El bosque de penachos
se retuerce y crepita,
al recibir el hálito candente
que le invade por fin, y le aniquila.
En crispaciones de dolor, primero,
sus hojas se retuercen encendidas,
y alzan después brillantes floraciones
que el viento barre, en huracán de chispas.

Vulcano está de fiesta,
borracho de alegría,
al ver a Flegetonte desbordado
asolar la campaña...

Juan y sus hijos, con denuedo heroico
insensibles al miedo y la fatiga,
desafiando el peligro
que les cerca traidor, y les atisba,
trabajan, y el fuego les chamusca
y pesada humareda les asfixia...
«¡Afuera, afuera!—grita Juan mirando
el incendio que crece y se aproxima;
no es posible luchar... ¡pronto, a las rondas,
y salvemos la vida!»

Y sudorosos, casi sin alientos,
cubiertos de ceniza,
de la hoguera escaparon
moribundos de horror y de fatiga.
Y mira Juan, con ojos extraviados,
de las enhiestas cañas encendidas,
los altos varejones
en que la savia con dolor crepita,
y corre, como sangre,
que mana de una herida.

Y el voraz huracán, todo lo envuelve,
y lo destruye con tonantes iras,
y camina espantoso, siempre avanza,
en diabólica orgía...

Un grito de dolor, y de honda angustia,
más bien rugido de una bestia herida,
rasgó los aires con vibrantes notas
de pesadumbre y rabia confundidas!

Era el bohío fuerte, la vivienda
de Juan y su familia,
que envuelto en crepitante llamarada
súbitamente ardía.

¡Infeliz labrador, tu choza humilde,
será pronto en pavesas convertida;
nido y altar del fervoroso culto
que el amor y el trabajo allí tenían!

Quedó Juan, de terror paralizado,
con el alma suspensa, enloquecida,
como el que ignora si es que está despierto,
o si sufre espantosa pesadilla...

Del sopor que eclipsó sus facultades,
de aquel espanto que nubló su vida,
vino a sacarle el doloroso grito
de su fiel compañera, de María,
que del cercano arroyo, con un niño,
regresaba jadeante:

—«¡Mi hija, mi hija!»

Y Juan se estremeció, y en el instante,
quiso lanzarse a la tremenda pira,
a rescatar, valiente, de las llamas,
a su pobre, adorada chiquitina,
que allí quedara en apacible sueño
bajo el ala de amor, dulce y tranquila.

—No, tú no vas! gritó desesperada
la pobre madre; y lucha decidida
conteniendo a su esposo;
—«déjame a mí, si tú te sacrificas,
qué será de nosotros en el mundo!»

Mientras luchan los dos, ¡noble porfía!
el galardón de su amorosa empresa,
frente al incendio que el hogar fulmina,
el mayor de los chicos, como un héroe,
que corre de la gloria a la conquista,
se lanza entre las llamas...

¡Qué terribles momentos de agonía,

cuánta angustia se vive en un instante,
cuando naufraga el alma enloquecida!

Aparece por fin, el valeroso,
con su trofeo en brazos, con la niña,
en el momento trágico
en que la choza sin piedad se hundía.

Y el incendio voraz, abrasa el bosque,
en formidables bocanadas de ira,
y el tupido follaje se contrae,
en espirales de humo retorcidas,
y se oye el crepitar de la hojarasca
como descargas de fusilería...

A veces, por los robles centenarios,
cual columnas del bosque, siempre erguidas,
que las secas marañas de los líquenes,
como una red tapizan,
sube el fuego en extraña pirotecnia,

en una ardiente floración de chispas.
¡Canta el incendio su canción de triunfo,
ciego, arrasando la pujante vida,
y el cielo majestuoso, indiferente,
con fulgores siniestros se ilumina!

Y allí, en un grupo, cabe los escombros,
de la pobre cabaña, hecha cenizas,
el desgraciado labrador contempla
tal desolación, y tanta ruina;

—«¡Amparo, Señor! ¿dónde encontraremos?»
desolada en sollozos repetía
la pobre esposa, que anegada en llanto,
cubre de besos a su tierna niña.

Y Juan, erguido, del trabajo el símbolo,
como atleta que airado desafia,
«¡Aquí!—rugió—¡bajo mis fuertes puños!»
¡y los blandió como una enseña, arriba!

Jenaro Cardona

LA CALABAZA



Con la bandera de la risa desplegada al viento, le han declarado guerra a las mujeres, siguiendo la táctica del mendigo que a la vez que decía «no quiero» tendía la mano

EL MARTIRIO DE SOR BIBIANA

Vestida ya con el hábito blanco y negro de Santo Domingo, Sor Bibiana, pasados los primeros fervores de novicia, sintió renacer aquella inquietud, aquella fiebre que la consumía sin cesar desde la adolescencia. Más allá del cumplimiento de sus votos, del rezo, de la minuciosa observancia de la regla, de la existencia tranquila y metódica del convento, entreveía algo diferente: un horizonte celeste y puro, y sin embargo, surcado por relámpagos de pasión, elementos dramáticos que aumentaban su belleza encendiéndola y caldeándola. Mientras meditaba a la sombra de los cipreses tristes y las adelfas de rosada flor que crecían en el huerto conventual, mientras pasaba las gruesas cuentas del rosario y entonaba en el coro las solemnes antífonas, que restenan hondas y misteriosas cual profecías, su espíritu volaba por las regiones del sueño y en su pecho ascendía poco a poco la ola de los suspiros.

Dos años hacía que Sor Bibiana alimentaba secretamente aspiraciones quiméricas e indefinidas, cuando se supo en el convento que algunas hermanas dejarían la vida contemplativa por la activa, y saldrían a ejercitar la virtud en un hospitalillo, cuidando enfermos y asistiendo moribundos. Fundado tal establecimiento por los sacerdotes, sin más recursos que la caridad pública, el Obispo, asociándose a la buena obra, les ofrecía el personal de enfermeras reclutado en los monasterios. Bibiana se brindó, gosoza; al fin encontraba un camino que recorrer: la deseada senda de espinas, que a su corazón parecía de flores. Y desde el primer día se dedicó a la faena con una especie de transporte, derrochando salud y juvenil energía; encontrando un goce en las privaciones y un interés extraordinario en las más insípidas y monótonas labores del hospital. Con la sonrisa en los labios y el regocijo en los ojos, volaba de las salas del enfermo al ropero y al botiquín, del botiquín a la cocina, y sus manos pulcras, empalidecidas y blancas como azucenas en el claustro, se encallecían y se ponían rojas al contacto de las cacerolas que fregaba, acordándose de San Buenaventura, el cual también fregó con sus manos de serafín la pobre cacharrería conventual. No tomaba descanso, no quería sentarse ni un momento, y en las cortas horas que consagraba al sueño indispensable, despertábase con sobresalto cien veces, recelando que la llamaba el quejido de un enfermo o el tilinteo de las llaves de la Superiora.

No obstante, al año de asistir empezó a extinguirse el entusiasmo de Sor Bibiana. No era que vigiliás y fatigas rindiesen su cuerpo: era que lo invariable, constante y obscuro de la labor abrumaba su espíritu. Volvían a acosarla las mismas ansias que en el convento; volvía a soñar con algo que tampoco en el hospital encontraba. La senda de espinas no subía enroscándose hacia la cima de enhiesto monte; se desarrollaba uniforme, sin interrupción, por una planicie árida. Lo que hacía ella, Bibiana, igual podría hacerlo una sirvienta, una lega de esas que como máquina funcionan, sin sentir vehemente impulso de heroico sacrificio. Mudar apósitos, doblar ropa blanca, graduar medicamentos, hacer camas, acercar a los labios del enfermo la taza de caldo o el vaso de limonada refres-

cante, parecíale ya a Sor Bibiana, adquirido el hábito, quehaceres caseros que se cumplen por rutina, con el alma a cien leguas y el pensamiento adormecido. La repetición del acto embotaba la fina percepción y gastaba el celo de Bibiana; sólo el sentimiento del deber la sostenía, y a cada orden de la Superiora obedecía estrictamente, pero sin ilusión; una voz, la voz tentadora de antes, le murmuraba allá dentro: «Bibiana... Hay algo más».

Ocurrió que por aquel tiempo vino a ingresar en el hospital un enfermito del cual las monjas, aunque tan hechas a ver dolores y males, se compadecieron profundamente. Era un niño de cinco años, con todo el brazo izquierdo devorado por horrible quemadura, atribuida a negligencias, intencionales quizás, de la indiferente madrastra que no había venido a verle ni una vez, abandonándole como a pajarillo que el temporal lanzó del nido al pie del árbol. Rubio y lindo, demacrado por tanto sufrir, el niño atrajo a las hermanas en derredor de la cama donde gemía: eran mujeres: bajo el sayal latía su seno que pudo haber lactado, y las traspasaba de lástima tanta inocencia desamparada y torturada cruelmente. Degenerada la llaga en mortal úlcera, amenazando la negra gangrena, era preciso cortar el brazo entero a la criatura. Tenían las monjas húmedos los ojos y descolorida la faz cuando el médico dispuso que se trajese lo necesario para proceder inmediatamente a la operación.—y la superiora, enternecida, con voz de abuela a la cabecera de su nietecillo, preguntó si no había medio de salvar al enfermo sin aquella carnicería espantosa.

—Hay un medio.—contestó el doctor—; pero... ¡Si este niño tuviese madre! Porque una madre únicamente... Ya ve usted: era preciso cortar a una persona sana y fuerte un trozo de carne, para injertarla sobre la úlcera y dar vida a esos tejidos muertos. El medio es atroz...

Ni pensarlo.

La Superiora calló; pero sus ojos mortificados, marchitos, vagaron por el grupo de las monjas, entre las cuales muchas eran robustas y jóvenes. Aquellos ojos graves y elocuentes parecían decir: «¿No hay alguien que ofrezca su carne por amor de Jesucristo?» El silencio de la Superiora fué contagioso: las hermanas, trémulas, sobrecogidas, no respiraban siquiera. De pronto una de ellas se destacó del círculo y haciendo ademán de recogerse las mangas, exclamó con voz vibrante: «¡Yo, señor doctor; yo, servidora!» ¡Sor Bibiana, que si de algo temblaba era de gozo! ¡Por fin! Aquello era lo soñado, el dolor súbito, intenso, sublime, el valor sin medida, la voluntad condensada en un rayo: aquello, el martirio, y allí, sostenida en el aire por brazos de ángeles, invisible para todos, para ella clara y resplandeciente, estaba la corona que descendía de los cielos entreabiertos!

Rodearon a Bibiana sus compañeras santamente afrentadas y envidiosas: la Superiora la abrazó murmurando bendiciones; y el médico, inclinándose respetuosamente, descubrió el brazo blanco, mórbido, virginal, de una gran pureza de líneas, y buscó el sitio en que había de coger la firme carne. Y cuando hecha la ligadura, al primer corte del acero, al brotar la sangre, se fijó en el rostro de la monja, que acababa de rehusar el cloroformo, notó en la paciente una expresión de extática felicidad, y escuchó que sus la-

bios puros murmuraban al oído del operador, con la efusión del reconocimiento y la suavidad de una caricia:

—¡Gracias! ¡Gracias!

Emilia Pardo Bazán

LA CAMPANA DE LA VIDA

I

De los montes en las cumbres
encrespadas
se alzan torres polvorientas,
se alzan torres solitarias
donde viven silenciosas
las campanas,
las campanas que, colgando
como flores agostadas,
nunca, nunca se movieron
en sus viejas atalayas
con el empuje robusto
que presta la estirpe humana.

Mudas, silenciosas, cuelgan
en las noches argentadas
y bajo cielos serenos
y en la calma
de las apacibles horas
llenas de dulce bonanza.
Mas cuando el cielo se nubla,
cuando braman
los furiosos vendavales,
cuando la tormenta estalla,
cuando el trueno tabletea
y el horizonte se inflama,
en las cumbres de los montes,
en las torres solitarias,
empujadas por el viento
suenan tristes las campanas,
y hallan eco sus gemidos
en el valle y la montaña.

II

Dios, con bondad infinita,
dulce y santa,
en todos los corazones
puso siempre una campana.
En esas horas felices,
sosegadas,
en que la vida se alegra
como la risa del alba,
la campana no se agita
y está muda la campana.
Mas cuando sopla iracundo
el viento de la desgracia,
cuando la angustia opresora
rompe en tormenta de lágrimas,
también en los corazones,
igual que en las atalayas,
llora triste, llora triste
la campana.

Y ante la muerte que llega,
y ante la mustia esperanza,
todas las manos se juntan,
y a impulsos de nobles ansias
todos doblan las rodillas,
todos alzan las miradas,
y al entreabrirse los labios
sedientos de paz y calma,
vibra la campana triste:
¡la plegaria!

Guillermo II,
Emperador de Alemania.

AL OIDO

(Amada mía: estos versos fueron escritos para ti, bajo un cielo extranjero, en una hora de nostalgia y con sangre del corazón...)

Musa, musa buena, musa, musa mía,
me está atormentando la melancolía,
vivo en una eterna desesperación;
musa, musa mía, musa, musa buena,
se me fué la novia, la blanca azucena
que perfumó el yermo de mi corazón.

Musa amable, musa pudorosa y mía,
para qué las ansias de falsa alegría?
para qué en los labios de amor la canción?
si ella, fatigada, no puede aguardarme,
si ella, desdenosa, no quiere escucharme,
si es otra su senda, y otra su ilusión?

Musa, no retournes a tocar mi puerta,
estará mi pobre habitación desierta:
llevo una serpiente dentro el corazón.
Y si vuelves, musa, vístete de luto
para que presidas mi hórrido minuto...
sufro el mal secreto de José Asunción.

J. Albertazzi Avendaño

León, Nic., 1912.

APOLOGO DE LAS AGUAS

A la gentil Apakán

Como obedeciendo a un llamamiento general llegaban a aquel rincón del bosque las aguas tranquilas del lago, las tumultuosas del torrente, las dulces de la lluvia, las saladas del mar, las puras de la fuente, las melmosas del pantano, las cristalinas del rocío, las frías de la nieve que se deshace, las calientes de los manantiales térmicos, todas, todas las aguas se encontraron pronto reunidas a la sombra de aquel bosque virgen cuyos árboles maravillados se inclinaban curiosos para escuchar las palabras que aquellas visitantes iban a pronunciar.

Tomó la palabra el brazo de mar quien, orgulloso todavía por los tumbos sonoros que daba en las rocas de la costa cercana, pretendía dominar con su voz autoritaria el tumulto que hacían las demás.

—Soy yo el representante de las aguas, el único representante del elemento líquido. Yo encierro en mis abismos inmensos la verdad de las aguas, en mi seno se esconden los tesoros que no tienen ni la fuente, ni el arroyo, ni el río, ni el lago, ni el pantano, ni la lluvia, ni la nieve, ni el rocío, los tesoros que produce el agua, cuando es verdaderamente agua. Decíme vosotros—continuó el brazo de mar con acento irónico—cuál de todas cuaja en su fondo las perlas valiosas que tanto lucen en las manos de las mujeres, esas ondinas que juegan con las rachas del viento y que retozan con los hilos de luz del padre sol; cuál de vosotros hace que su seno se vea adornado por los encantadores corales y por las graciosas esponjas; cuál mueve su superficie rizándola con elegancia y levantando a veces hasta el cielo el blanco immaculado de sus espumas; cuál acaricia con felina mansedumbre los contornos de diosa de las arenas regadas en la playa y sacude con ira mal reprimida sus cóleras contra

las rocas que se oponen al desarrollo de la energía de las aguas? Convenceos—terminó con aire de protección el brazo de mar—el único verdadero representante de los esfuerzos del agua soy yo, nada más que yo.

Callaron por un instante las demás aguas; parecía como si todas se creyeran ofendidas con las palabras que acababan de oír. Las ramas de los árboles cercanos que nunca habían visto el mar, al oír aquella manifestación de energía inesperada, se movieron con entusiasmo como si aplaudieran las frases de vanidad con que el brazo de mar había interrumpido el silencio sagrado del bosque.

Una vocecilla dejó oírse débil como si viniese desde muy lejos sentada en las alas de la brisa.

—Qué orgulloso está el hermano mar! Qué haría él de sus perlas valiosas, de sus ondinas legendarias, de sus corales ruborizados, de sus esponjas vanidosas y de sus cóleras impotentes si no existiera allá, en lo más alto de la sierra lejana, una fuentecilla silenciosa rodeada de musgos y de otras yerbas humildes? Soy yo—continuó aquella voz haciéndose más fuerte conforme hablaba—la que encierra dentro de sí la verdad de las aguas. De mí nacéis todas vosotras, soy yo quien os alimenta, es de mi seno de donde surgen vuestras fuerzas, de mí, sólo de mí depende vuestra existencia. Decidme, cuál de vosotras siguiendo los diminutos canales subterráneos va recogiendo los hilos de plata perdidos entre arcillas repulsivas y arenas avaras, entre rocas insolubles y minerales que se deshacen con solo lamerlos; cuál de vosotras reúne en uno solo todos esos canales y sin miedo a nada, como una idea que surge de un cerebro, se lanza a la luz del sol ansiosa de libertad; cuál de vosotras después de haber creado un arroyuelo que luego se convertirá en torrente, se hunde vez en las entrañas de la tierra en busca de nuevas filtraciones para impedir que os falte líquido y muráis agostadas, tendidas en los desagües que con fatiga habéis podido cavar? Cuál de vosotras vale más que yo? No soy, entre las aguas, la única poseedora de la verdad original?

Las ramas de los árboles vecinos oyendo aquella disertación acerca de subterráneos que no conocían y de misteriosos canales escondidos quién sabe dónde, se movieron con alegría como si aplaudieran las frases de vanidad con que la fuentecilla había interrumpido el silencio augusto del bosque.

—Más que la fuente porque mis aguas son muchas, y más que el mar porque las gotas que me forman no tienen ningún sabor desagradable y ningún olor repugnante, soy yo el merecedor de la distinción que os disputáis. También yo cuajo en mi seno bellísimos bosques de algas y de otras plantas acuáticas; también yo tengo tesoros que no se conocen porque nadie se atrevió a sondearme; también yo, de cuando en cuando, con coquetería adorable encrespo mis ondas sin llegar nunca a perder mi aplomo encolerizándome contra las orillas que me aprisionan. Soy un espejo en el cual se miran, con complacencia de mujeres coquetas, las estrellas que desde el cielo me sonríen cariñosas por el servicio que les presto. Todos me aman, muchos me admiran, nadie me odia; por eso y por muchas cosas que callo, soy digno de ser el único representante de las aguas, el único poseedor de la verdad eterna.

Calló; las ramas de los árboles cercanos, oyendo aquellas frases en donde se hablaba de algas y de otras

plantas que ellas no conocían, se movieron con frenesí como si aplaudieran los desahogos presuntuosos con que el lago había interrumpido el silencio profundo del bosque.

Deshojando las flores de sus espumas llegó el río caudaloso; al golpear contra las piedras que se hallaban a su paso parecía entonar una canción heroica, el poema del Cid de las aguas de las cuales él se creía el Campeador.

—Soy yo el único depositario digno de la verdad de las aguas. Llevo mucho caudal, el ruido que provocho os lo demuestra, soy fuerte como pocos, si me acompañais hasta el mar me veréis en duelo gigantesco con las olas del océano a las cuales venzo obligándolas a formarme una guardia de honor mientras mis aguas avanzan victoriosas internándose en la azul inmensidad a la cual, generosas, van dulcificando. Ninguno de vosotros puede desplegar tantos títulos de hazañas raras como yo, pues además de vencer al mar, he vencido las rocas horadándolas con el objeto de abrirme un camino entre ellas; he vencido al hombre, al hombre omnipotente de quien nunca he querido ser vasallo: rompo los diques con los cuales ha pretendido ceñir mi cuerpo, destruyo los puentes que sus manos fabrican para atravesarme sin peligro alguno, inundo sus ciudades para darme el placer de verlo arrodillado, humillado, pidiendo a las alturas el perdón de sus culpas infinitas. Soy el todopoderoso, llevo en mi corriente la verdad de las aguas; por eso debo ser reconocido por vosotras como el símbolo de la potencia nuestra.

Hubo un silencio profundo después del cual las ramas de los árboles vecinos, al escuchar aquellas manifestaciones en las que se hablaba de diques, de puentes y de ciudades que nunca habían visto, se movieron con entusiasmo, como si aplaudieran las frases vanidosas con que el río interrumpió el silencio majestuoso del bosque.

—Vencer al hombre! exclamó con infinito desprecio el pantano.—Esa no es una labor heroica! Es tan impotente ese omnipotente ser, que yo mismo, con los miasmas fétidos que hago levantarse del fondo de mi lecho, he podido vencerlo de una manera radical: el hombre a quien yo tumbo no es capaz de levantarse de nuevo. Mis aguas están saturadas de una energía invisible, más poderosa que la del mar y que la del río. Yo soy el único defensor de nuestra integridad, las legiones de microbios que en mi seno se desarrollan, valen mucho más que los decantados tesoros que duermen su sueño sin despertar en el fondo del lago azul y en el fondo del mar. Debo, pues, ser el guardián celoso de nuestra verdad, soy el representante único de esa verdad a la cual dedicamos veneración sincera.

Calló el pantano y de la superficie oscura, como obedeciendo a una orden imperiosa, se levantó una nube de mosquitos mortíferos. Las ramas de los árboles cercanos, al ver aquella legión de defensores de las aguas que sin hacer ruido alguno iban a esparcir la muerte por doquier, se movieron con alegría, como si aplaudieran las palabras fatídicas con que el pantano había interrumpido el silencio imponente del bosque.

—Seré yo la última, dijo con modestia el agua de lluvia—seré yo la última en este congreso de vanidades sumas. Y hablaré, no para recordaros que yo,

allá en medio de las nubes a quienes azotan los vientos envidiosos, preparo el advenimiento de todas las aguas del universo; hablaré, no para vanagloriarme, como habéis hecho vosotras, de que sin mi labor silenciosa e invisible, más silenciosa que la de la fuente y más invisible que la del pantano, ninguna de vosotras existiría; hablaré, no para recordaros que al beso del padre sol mis gotas forman el arco irisado que sirvió de signo de alianza entre Dios y los hombres; hablaré para hacerlos ver que todas poseemos esa verdad cuyo monopolio quiere tener cada una de vosotras. La verdad del agua está en la fuente que murmura quedamente en los diminutos canales subterráneos, allí se manifiesta como precursora; la verdad del agua se agita en los tumbos incesantes del brazo de mar y en las cascadas del riachuelo y del río: allí se manifiesta como fuerza viva; la verdad del agua duerme en las profundidades azules del lago encantado: allí se manifiesta como energía latente, lista siempre a transformarse en fuerza viva como la del río y como la del mar; la verdad del agua pulula entre las gotas verdes

del pantano: allí se presenta como creadora de gérmenes destructores; la verdad del agua está en los cristales de la nieve en donde se manifiesta en su belleza sólida, así como en las gotas de rocío en donde despliega toda su belleza líquida; en fin, la verdad del agua satura mis moléculas porque en mí se reúnen la potencia creadora y la potencia fecundadora. Todas somos el símbolo de esa verdad, ninguna de nosotras la posee en más alto grado que las demás.

Dijo la lluvia y las aguas reunidas callaron sin saber qué contestar, agradecidas a quien había sabido reconocer los méritos de cada una sin deprimir a las otras.

Las ramas de los árboles vecinos, extrañadas con aquellas palabras que lograron callar tantas vanidades manifiestas, se agitaron con frenesí como si aplaudieran las ideas conciliadoras con que la lluvia había interrumpido el silencio profundo del bosque.

José Fabio Garnier

CORONEL J. BASCON JONES Y SEÑORA



Ilustramos hoy las páginas de FIGARO con el retrato de los esposos Jones que son actualmente nuestros huéspedes. La señora de Bascon Jones, Doña Araceli de Quesada y Saldívar, pertenece a una de las familias más conspicuas de la isla de Cuba, de aquellas que han desempeñado papel importantísimo en la moderna historia de la Perla antillana. Es hija de Don Félix de Quesada, rico finquero del Camagüey, figura de relieve en la política de su país, y prima hermana del notable diplomático Don Gonzalo de Quesada, cuyo nombre aparece en los anales de estos tiempos rodeado de una aureola de prestigio.

El señor Coronel Bascon Jones es bien conocido y apreciado entre nosotros, y de su actuación en Costa Rica en épocas anteriores guardamos aún muy gratos recuerdos. El retrato que de él publicamos hoy fué hecho en esta ciudad en 1898, cuando incorporado en nuestro Ejército como segundo jefe de artillería, marchó a la campaña de aquel año, vistiendo el uniforme prescrito por nuestras ordenanzas.

A tan distinguidos huéspedes deseamos completa ventura y agradables impresiones en su visita a este país.